

MURENA: UNA IMAGEN MÍTICA DE AMÉRICA

MARÍA ROSA LOJO¹

El marco de la reflexión: un conocimiento metafísico y metafórico de la condición americana

Héctor Álvarez Murena fue quizá uno de los últimos grandes ensayistas argentinos. Beatriz Sarlo² —con intención reivindicadora del género— examina la profunda crisis del ensayo en nuestro medio, cuyo inicio remite a la década del sesenta, y cuya causa sería, en su opinión, el ingreso de “nuevos discursos y metodologías” (por supuesto, de altas pretensiones científicas y teóricas) sobre lo social, lo histórico, lo político, lo literario.

A la luz de estas concepciones y aspiraciones, Murena aparece hoy como un raro supérstite, un ardiente y deliberado anacronismo³, un hombre de letras que no pretende forjar explicaciones sistemáticas avaladas por un corpus de axiomas teóricos, sino que, por el con-

¹ ANLE y catedrática universitaria, investigadora, ensayista y autora de una amplia gama de trabajos académicos como de creación literaria. <http://www.maria-rosalojo.com.ar/>

² “La crítica: entre la literatura y el público” en *Espacios de crítica y producción* (Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1 [1984]: 8.

³ Dice Murena en *Ensayos sobre subversión* (Bs. As., *Sur*, 1962, 12): “Así, el hombre de letras contemporáneo, debe comenzar por ser anacrónico. Anacrónico en el sentido originario de la palabra que designa el estar contra el tiempo. La entrega total al presente es una entrega parcial; la contemporaneidad inmediata es una atemporalidad”.

trario, quiere comprender mediante la génesis de mitos personales⁴. Su discurso no puede ser enjuiciado por las disciplinas científicas ni sometido a sus criterios de validación, pues se coloca simplemente fuera de ellas.

No vamos a plantear en estas páginas si Murena tuvo o no “razón”, si fue “objetivista” o “subjetivista”. La razón y la objetividad le importaban muy poco. O le importaban, en todo caso, como pretexto para trascenderlas. No contrastaremos, entonces, esta imagen americana que ofrece Murena con la realidad epistemológicamente establecida, porque se trata ante todo de una imagen mítica, y por ende, metafórica.

Examinaremos únicamente la articulación interna de esta metáfora que se despliega en mito, en nueva “historia sagrada” que descubre en América los estadios de la culpa, el exilio, un apocalipsis que coincide con la redención, y un renacimiento.

Excedería el espacio de que disponemos desarrollar ahora un debate teórico sobre las relaciones entre literatura y mito, metáfora y realidad⁵. Bástenos apuntar que Murena propone lúcidamente sus ensayos como mitos, en tanto se considere a estos como relatos simbólicos⁶, (o sea de núcleos semánticos metafóricos ligados hondamente con lo pre-reflexivo y pre-lingüístico) que aspiran a develar una verdad metafísica, y en tanto se contemple a la literatura (o cierto

⁴ Señala Murena en *El pecado original de América* (Bs. As.: Sudamericana, 1965, 2ª edición, 19, “Advertencia”): “Las páginas de este libro componen una autobiografía mental (...) Son, si se quiere, los mitos que me forjé para explicarme el juego de las fuerzas humanas y sobrehumanas que hacen que este trozo de orbe llamado América milagrosamente ande y su andar sea a la vez tan extraño y tal dificultoso”.

⁵ Entre los estudiosos de las distintas áreas que se han ocupado de la cuestión podríamos citar, entre otros, a Philip Wheelwright *Metáfora y realidad* (Madrid: Espasa Calpe, 1979); Northrop Frye *Anatomía de la crítica* (Caracas: Monte Ávila, 1977); “Literature and myth”, en *Relations of Literary Study, Essays on interdisciplinary study*, James Thorpe (Ed), MLA, EE.UU, 1967; Karl G. Jung *Formaciones de lo inconsciente* (Bs. As.: Paidós, 1976, Cap. 1); Furio Jesi *Literatura y mito* (Barcelona: Seix Barral 1972); Paul Ricoeur *La metáfora viva* (Bs. As.: Megápolis, La Aurora, 1977); “Poética y simbología” en *Educación y política* (Bs. As.: Docencia, 1984).

⁶ Nos referimos a las definiciones de Paul Ricoeur en “Poética simbólica”, op. cit. y en *Finitude et culpabilité*, Tome II; “La symbolique du mal” (Paris; Aubier-Montahne, 1960, 158 y ss.)

sector de ella) como heredera de este impulso mítico. Para Paul Ricoeur⁷ —quien sigue en esto a Max Black— la metáfora opera no solo connotativamente sino denotativamente, al iluminar, por analogía, relaciones hasta entonces incógnitas de lo real, como lo hacen —en otro campo, en otro nivel— los modelos teóricos de las ciencias; para Murena, no existe otro medio mejor de indagación en los fundamentos, en el silencio indecible de los fundamentos del cual emerge toda escritura⁸. Si Gusdorf llamó al mito metafísica primera, en Murena los mitos son también metafísica primera y primaria, establecen el terreno que pisamos para pensar, sentir y vivir. La *Gottanschauung* —dice— es el sustrato imprescindible sobre el cual se erige toda *Weltanschauung*, toda filosofía⁹.

El problema del origen

Las dos expulsiones del Paraíso

“El pecado original de América” consiste, para Murena, en una reiteración de la falta originaria que desplazó a Adán y Eva del Paraíso terreno. Por afán de poder y de riquezas, por insatisfacción culpable, el europeo llega a una tierra cuyos dioses no conjura y humilla a las razas indígenas en la esclavitud. Se produce en ese momento una *fractura de la Historia* que es considerada por Murena como una segunda expulsión del Paraíso. Cabe señalar el acento puesto sobre la culpabilidad intrínseca del viaje mismo (tema que se retomará detenidamente en *El nombre secreto*). Este énfasis —si atendemos a las reflexiones de Paul Ricoeur— captaría profundamente la naturaleza del pecado en el mito adánico. Para Ricoeur, el pecado de Adán no es esencialmente *caída* (concepto que pertenece más a una tradición órfico-pitagórica, platónica y gnóstica) sino *écart*: separación, desviación, desplazamiento¹⁰. Al pecar, Adán se desvía del Centro, del espa-

⁷ Cfr. *La metáfora viva*, Op. Cit., “Metáfora y referencia”, 357 y ss; “Palabra y símbolo”, en *Hermenéutica y acción* (Bs. As.: Docencia, 1985).

⁸ Cfr. “La metáfora y lo sagrado”, en el libro del mismo nombre (Bs. As.: Tiempo Nuevo, 1973, 57 y ss.)

⁹ Cfr. “La irrupción del futuro” en *Homo Atomicus* (Bs. As. Sur, 1961, 266-67).

¹⁰ Cfr. Ricoeur, P. *La symbolique du mal*, p. 219.

cio sagrado, por la infinitud del deseo (*le mauvais infini*) y su castigo es también un desplazamiento, la prolongación de ese desvío iniciado por la falta, hacia la penuria de la tierra exterior y de la Historia, donde errará, des-centrado, marginal, descolocado, a menos que reconstruya obstinadamente una alianza con lo Santo capaz de restaurar en el precario estado exterior y mundano, el espacio paradisíaco. El europeo conquistador, poseído, según Murena, por el espíritu occidental, por la razón y la ciencia fáustica emergente, no percibe el desplazamiento como *culpa*, como incapacidad para hallar en el suelo nativo, en la cultura que nace del dialogo con él, las fuerzas numinosas que por doquier fundamentan la existencia. El castigo de su *hybris* es la condena al destierro fuera de la Historia, antes exilio y ahora paradójicamente convertida en segunda casa humana, “recinto del espíritu” donde se ha conjurado y aplacado al Dios vivo. El Origen, para la América post-colombina, es así la *exterioridad* reduplicada, no ya el espacio modélico al que todo se remite, sino el desierto de la huida, de la separación transgresora.

La culpa de Caín

Tanto en *El pecado original de América* (1954) como en *Ensayos sobre subversión* (1962) Murena mantiene un duro rechazo del indigenismo como reclamo o movimiento cultural (lo considera tan falso como el “europeísmo” y una actitud escéptica en cuanto al aporte que las razas aborígenes —a las que ve en un proceso de fusión o extinción— pudieran hacer a la espiritualidad americana.

En *Ensayos sobre subversión* el indígena parece identificarse con la naturaleza pura e inhumana; no expresa al hombre americano “porque, el americano no es natural, en bruto”¹¹; “El indigenismo proporciona, a lo sumo una imagen de la espalda (esto es, apuntamos, de lo oscuro, inferior, relegado, pulsional) del hombre americano”¹². La misma impresión tenemos cuando, en *El pecado...*, describe a Horacio Quiroga en su escenario selvático: “sobre el fondo de una estera, en la que están dibujados dos crueles símbolos míticos, entre un ex-

¹¹ Cfr. *Ensayos sobre subversión*, p. 62.

¹² *Ibíd.*

traño atavío de plumas, una piel curtida y estirada y las ramas de un arbusto, entre elementos que representan la voz de una tierra arcana y terrible, su figura no trae lo diferente, es un elemento entre otros semejantes, otra piel, otro símbolo mítico”¹³.

Los símbolos míticos, la piel, las plumas, antes que signos en el sistema de una cultura que, como tal, había neutralizado a Dios, parecen hundir más a Quiroga en ese mundo del horror, del Dios tremendo, innominado, telúrico, que él había querido interpelar.

En otras páginas, no obstante, habla de los aborígenes en tanto hacedores de culturas, si bien recusa la reivindicación de ellas como un engaño: “No podemos continuar a España ni podemos continuar a los Incas o a cualquier otra cultura indígena que se desee invocar, porque no somos ni europeos ni indígenas. Somos europeos desterrados, y nuestra tarea consiste en lograr que nuestra alma europea se haga con la nueva tierra”¹⁴.

La actitud de Murena respecto al mundo aborigen es hasta aquí, ambigua. Por un lado el indígena se presenta al “alma europea” como una parte del cosmos natural inclemente y vacío de palabra humanizante; por otro, como artífice de una cultura que el europeo no puede ni podrá asimilar. Un folklorista —ironiza— ve en una máscara un ornamento de determinada composición estética sin vislumbrar “que los incas modelaron esas máscaras para ahuyentar a los incubos que los aterran”¹⁵ y sin saber utilizarla para mitigar sus propios terrores.

Esta postura se matiza en obras posteriores. Así, en el prólogo a la segunda edición de *El pecado...*, Murena desmiente categóricamente la supuesta “carencia de mestizaje” en Argentina: “tanto las ciudades como las gentes se apoyaban sobre la inestable arena americana, cuyos fantasmas trabajaban permanentemente esas estructuras y las almas de los constructores, les infundían la inestabilidad del suelo”¹⁶.

Las palabras de Murena se asemejan aquí en forma extraña a las de Karl G. Jung cuando se refiere a la suerte de *posesión* que los espíritus ancestrales de las antiguas culturas ejercen sobre los con-

¹³ Cfr. 2da. ed., pág. 87.

¹⁴ Cfr. *El pecado original de América*, 2da. ed., p. 39.

¹⁵ Cfr. *Ibíd.*, pp. 85-86.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 13.

quistadores¹⁷. Nos recuerdan también las ideas de otro pensador argentino, Rodolfo Kusch, cuya teoría de la *fagocitación* de lo europeo por lo indígena y telúrico nativo parece resonar en el texto que hemos citado; lo mismo ocurre con su tesis del mestizaje espiritual americano (ambas se postulan en *América profunda*, de 1962)¹⁸. Dice Murena en 1965, casi como si hubiera en su voz ecos de Kusch: “el mestizaje americano —que en algunos países asume la forma racial— es de orden mental, espiritual. Ese mestizaje surge del enfrentamiento de las criaturas con un ambiente histórico extraño que les era habitual. Afecta tanto a los indígenas como a los recién llegados de Europa, o Asia: es indiferente el color de la piel, la raza”¹⁹.

La perspectiva ha cambiado. Si antes no éramos ni europeos ni indígenas, ahora quizá somos —si se tiene en cuenta el poder fusio-nante de la palabra “mestizaje”— ambas cosas. Pero esa conflictiva unidad que somos parece obsesida, corroída, minada por los fantasmas originarios del suelo nativo. Estas “almas en pena” asedian y sabotean la nueva sociedad americana precisamente porque no se los ha conju-rado, propiciado. Y he aquí la segunda culpa del americano arrojado a estas tierras. La primera es el viaje, el desplazamiento criminal que ha fundado el Origen²⁰; a ella se agrega otra culpa que en el esquema mítico judeo-cristiano sucede a la primera expulsión del Paraíso: es el delito de Caín. Por primera vez, en *El nombre secreto* (1969) habla Murena del genocidio perpetrado en los pueblos indígenas. Genocidio

¹⁷ En “Alma y tierra”, *Problemas psíquicos del mundo actual*, Caracas: Monte Ávila, 1976, p. 162.

¹⁸ La fagocitación de lo blanco por lo indígena, advierte Kusch, es perceptible “en un terreno de imponderables, en aquel margen de inferioridad de todo lo nues-tro, aún de elementos aculturados, respecto a lo europeo, ahí donde adquirimos nuestra personalidad nacional (...) y también en ese hecho tan evidente de nuestra mala industria o nuestra peor educación pública. En cuanto tomamos conciencia de que algo nos impide ser totalmente occidentales aunque nos lo propongamos”. (*América profunda*, Bs. As.: Hachette, 1962, pp. 158-159).

¹⁹ *El pecado original de América*, 2^a. ed., p. 13.

²⁰ Dice Murena en *El nombre secreto*, Caracas, Monte Ávila, 1969: “Todo viaje es la riesgosa repetición de la primordial expulsión del Paraíso por un abuso del jui-cio”. “Por ser el mundo una unidad viviente, en todos sus lugares existen por igual las mismas fuerzas numinosas en las que el hombre centra su vida. La circunstancia de que una criatura no perciba en un lugar tales fuerzas indica que algo duerme, está ensordecido o muerto en ella”. (Pp. 10-11).

donde el bárbaro no es el presunto “salvaje”, sino el exterminador: “Si se busca una nota más dramática, de la barbarización por falta de verdadero contacto con los númenes terrestres y celestes —pese a las infinitas declaraciones verbales de índole sacerdotal— considérese la actitud de conquistadores y colonizadores y sus descendientes respecto a los indígenas locales de la Argentina y Norteamérica, por ejemplo. En ambas regiones los emigrados europeos llevaron contra los nativos guerras que condujeron a la exterminación total de estos: verdaderas guerras punitivas que ningún “bárbaro” general antiguo se hubiese atrevido a desencadenar contra un pueblo al que desease conquistar, salvo en los casos en que mediase una específica razón de venganza”²¹.

La barbarie americana, no se identifica aquí con elementos autóctonos no europeos sino, por el contrario, con la radical falta de humanidad, y de verdadera religiosidad, que caracteriza a los conquistadores. A estos la tierra se les presenta como brutal y hostil porque han ignorado su *alteridad*²², porque no han respetado sus antiguos dioses: “Así se encaró la nueva tierra. No con ánimo reverente, no con espíritu dispuesto a propiciarse sus *numina*, no con la intención de purgar la culpa de haber abandonado los lares originarios, sino con la decisión desnuda de violentarla, arrancarle esas sonadas riquezas y abandonarla”²³.

Por eso la conquista y la dominación son solo aparentes, exteriores, y el invasor no solo no logra integrar el espíritu nativo en la temporalidad y la cultura occidentales, sino que, además, pierde para siempre su propia Historia cuando cree estar imponiéndola y reanudándola; triunfa al cabo el sustrato aborígen, latente bajo la capa de civilización europea. En otro ensayo de *El nombre secreto* (“México, la sociología y el pobre de espíritu”) Murena examina las contradicciones de la sociedad mexicana y explica a estas —así como al mismo espíritu de la revolución— por el resto de espíritu no occidental (oriental e indígena) que lucha (aunque despojado por el choque cul-

²¹ *El nombre secreto*, ob. cit., p. 15.

²² La interpretación de la conquista de América (y de toda conquista europea) como incapacidad para aceptar al *otro* en tanto sujeto diferente pero igual en derechos, en *humanidad* a uno mismo, es la tesis del libro de T. Todorov *La conquete de l’Amerique. La question de l’autre*. París: Seuil, 1982.

²³ *El nombre secreto*, op. cit., pp. 15-16.

tural de su estructura religiosa originaria) contra el espíritu de Occidente, victorioso solo en la superficie²⁴.

En suma: en el Origen de América el pecado —que Murena interpreta no tanto aquí como sustancia o fuerza posesionante, sino como negación, distancia, ruptura, extravío— se potencia y se triplica: 1. Es pecado contra el Dios europeo, centro sagrado del cual el conquistador (perdedor) itinerante se desvía. 2. Es pecado contra los dioses o númenes ctónicos de América, tampoco aplacados por la ceremonia esotérica de la verdadera fundación que debe imponer a la ciudad nueva su “nombre secreto”. 3. Es crimen contra los hombres de América exterminados, sacrificados a la Fiebre del Oro. Hombres y dioses vuelven como fantasmas vengadores (*le retour du refoule*, diría Freud en otro campo) sobre esa arena americana que el conquistador no ha convertido en *mundus* —cósmica concavidad original bajo la tierra— sino que se le aparece, por el contrario, como Quimera de la razón utilitaria, mera superficie sin cimientos, vacío, desierto donde se relega al impuro, al marginal, páramo incesante arrasado por el resentimiento y por el odio, donde Caín ha sido condenado a vagar.

Un pensamiento paradójico: hacia la reunión de los opuestos

El Anti Edén, la morada del Dios vivo

América se muestra así, en la lectura de Murena, como el Anti Edén, la contra-inocencia, el territorio del pecado, el aborrecimiento, la sospecha. Si el Edén es el comienzo, el Omphalos, el Centro, el Anti Edén americano no es el Principio sino el *Finisterrae*, la extremidad; el apartamiento. En América todo Origen es nada, devastación, indigencia, fin. El mito mureniano anula y aniquila, en un principio, todas las imágenes utópicas *ad usum Europae*, contradice todas las mitificaciones que hicieron de América el ámbito de la pureza o del Paraíso

²⁴ Dice Murena: “un imperio ordenado en sentido religioso en el que cada gesto de la vida individual y comunitaria constituía un movimiento ritual, ha quedado varado en la arena de lo profano, privado del mar que le daba movimiento y sentido. La revolución consiste en oponer al espíritu occidental ese resto, ese estado teocrático piramidal de concepción oriental aunque privado ahora de religión” (“México, la sociología y el pobre de espíritu”, *El nombre secreto*, p. 136.)

Perdido. Nos dice en *El pecado original*: “No hay nada más viejo o avejentado que esta América integrada por razas indígenas en vías de fusión total o de extinción y por individuos de razas no originarias de América que en América han visto tornarse estrictamente inútil, caduco, senil, el espíritu que traían de sus comarcas originales”²⁵.

Lo antiedénico de América se liga estrechamente con la presencia abrumadora de la materia cruda, con el mundo de las cosas esencialmente distintas del hombre que aún no ha logrado apropiárselas por el diálogo de una auténtica cultura. La contraposición materia/espíritu que marca un tanto el primer libro de ensayos de Murena hace pensar en un posible acercamiento al discurso de los mitos del alma exiliada, en un viraje desde el concepto de desplazamiento hacia el de la caída. Peor, como lo recuerda Ricoeur²⁶, estos mitos escinden de manera claramente dualista, cuerpo y alma dentro del hombre mismo. Y Murena, cada vez en forma más nítida, se pronuncia filosóficamente contra el dualismo alma/cuerpo, *res extensa/ res cogitans* alimentado por el cientificismo, por el cartesianismo, y por ciertas corrientes platonizantes de la cosmovisión cristiana. El Paraíso de Adán, que evoca en *La metáfora y lo sagrado*, no es el Reino de la inmaterialidad pura, sino el de la perfecta comunicación y unidad de materia y espíritu que intenta re-construir el lenguaje metafórico: “La poesía, al reunir lo aparentemente contrario, restaura con el poder de su amor la unidad de todo lo que vive, muestra a la Tierra como un gran arcángel que late y respira”²⁷.

Hasta incluso la materia en bruto es para el hombre, paradójicamente, una vía de salvación. Del enfrentamiento con la naturaleza salvaje, aun no humanizada por una cultura propia, surgen en el americano experiencias fundamentales y terribles: la soledad, el silencio, el horror. De ellas emerge empero, el Dios vivo, lo absolutamente sobrehumano, que parece identificarse con las fuerzas mismas de un cosmos indoblegable. Dice así Murena, por ejemplo, refiriéndose a la soledad, nota dominante de nuestro paisaje: “una soledad absoluta, una soledad inhumana y que *es incluso como la presencia de un ele-*

²⁵ *El pecado original de América*, 1a. ed. Bs. As.: Sur, 1954, p. 176.

²⁶ *La symbolique du mal*, p. 261 y ss.

²⁷ *La metáfora y lo sagrado*, p. 62.

*mento extramundano*²⁸. “El silencio fundamental del mundo en bruto”, “el silencio de la creación” —señala— es la presencia de Dios. Y ay de quien caiga en manos del Dios vivo, porque quema, agosta y anonada.

Son pocos los hombres que pueden tolerar su proximidad y por ello la humanidad ha necesitado protegerse contra él, acallar, neutralizar ese silencio. Tal es el origen de la cultura, ese incesante esfuerzo por reducir a términos humanos la insoportable violencia con que Dios se manifiesta primordialmente²⁹.

Mundo en bruto y Dios vivo provocan en el hombre los mismos sentimientos, las mismas experiencias: silencio, soledad, horror. Horror ante “las sombras de las cosas sumidas en la materia, los silenciosos giros de los terribles elementos primordiales...”³⁰. Estremecimiento y pavor sagrado ante la Naturaleza desnuda, que se presenta al mortal a la vez como materia pura y como espíritu puro (Dios mismo). Contradicción esta que intenta aludir en última instancia a lo inhumano, lo Otro fascinante y aterrador, lo indecible.

Así pues, la elección de América como tierra del exilio descubre un motivo secreto. Si la Historia europea se desvía hacia estas tierras, si el conquistador abandona su Centro, es quizá también porque su Dios se ha cristalizado bajo los códigos de su cultura, porque ya ha comenzado a morir. ¿La frenética conquista del poder y del oro, no se une acaso con la búsqueda violenta del Dios vivo?

La americanización del mundo

En el primer ensayo de *Homo atomicus* (1962) Murena advierte que ahora el planeta entero se ha convertido en el lugar de un vasto exilio. El centro de gravitación no está ya en algún punto del mundo (Europa, por ejemplo) sino fuera de él. Ha sido usurpado, sitiado por los ojos del perro que, preso en su satélite, nos observa desde el espacio celeste. La mirada del perro “abstracta, liberadora, monstruosa” es la de la ciencia misma que, surgida del proyecto renacentista, se

²⁸ *El pecado original de América*, p. 61. El subrayado es nuestro.

²⁹ *Ibíd.*, p. 138.

³⁰ *Ibíd.*, p. 93.

vuelve contra él y niega el antropocentrismo. El perro (símbolo, por otra parte de la bestialización universal en la novela de Murena *Caina* [o canina] *muerte*) indica también en esta lectura de los acontecimientos que el patrón de medida y valor ha dejado de ser humano, que se padece una degradación ontológica.

Varias son las marcas de este proceso que supone el agotamiento de la Historia y el ingreso general de las naciones en la post-historia que parecía circunscripta de manera exclusiva a las tierras de América:

1. Pérdida del Centro o *Axis Mundi*, que se manifiesta en el “caos de las democracias occidentales de ideología liberal capitalista, o en el nihilismo (“caos cosmizado”) de los socialismos y totalitarismos orientales. Ha llegado el ocaso del individuo, de la persona, el auge de la nivelación y la masificación.
2. Posibilidad y necesidad de refugio en lo cotidiano (lo informe e inarticulado) y en el centro interior que se aparece, en un principio, bajo el aspecto terrible de la Nada.
3. Fin del ciclo de Cristo y de la iglesia cristiana. Eclósión hacia un primer plano de aspectos vitales (lo económico y lo erótico-sexual) reprimidos hasta entonces por la ideología cristiana y el racionalismo cartesiano.
4. Espacialización total. El sentimiento del espacio que agobiaba al americano (habitante fuera de la Historia al que se le escamotea la dimensión temporal), ahora invade también todo el planeta. Hay una ansiedad compulsiva por anular el espacio mediante los viajes y la velocidad creciente.
5. Tecnificación general que una sociedad americana (los Estados Unidos) proyecta sobre el mundo y en especial sobre Europa, gravándola espiritualmente en su estilo de vida.

Estos índices o señales de la post-historia desfiguran el rostro antes paradisíaco de Europa (el cosmos cerrado, de formas espirituales plenas) que se pintaba en *El pecado original de América*.

Un Apocalipsis redentor

América, antes desierto y Purgatorio, se torna, bajo la mirada apocalíptica, esperanza de Paraíso. Por haber ostentado desde un comienzo todos los estigmas de la post-historia, se halla preparada para operar la sub-versión, la metamorfosis, del polo negativo al positivo.

“Donde crece el peligro, aparece también la salvación”³¹ y por ello, Murena no postula un nuevo Mesías para salvar a América y al mundo. El redentor es el Mal mismo. Mal que, en la concepción mureniana no es sustancia sino distancia, espacio, brecha, vacío que exige ser llenado. Por medio de esa separación, Dios opera sobre el deseo de su criatura y llama al hombre hacia sí: “Pero el hombre ama mucho a Dios, y el Demonio al cabo no sirve más que para aproximarlo otra vez a él”³².

Porque en América —antes habitada religiosamente, positivamente³³— se ha perdido el Centro desde la conquista, porque en el Origen hubo destierro, no fundación auténtica, el americano está más predispuesto que ningún otro ser a la búsqueda interior del corazón central de cada hombre, donde habita un Dios (“más cerca de mí mismo que yo mismo” lo llama Murena) que ya no será necesario perseguir en los múltiples *ídola* de la exterioridad.

Porque en el Origen no hubo *mundus* sino Quimera: la Fiebre del Oro que instauraba la discordia entre los codiciosos y la crueldad de los amos sobre los esclavos, porque en el principio fue Caín, el americano siente especialmente la urgencia de la hermandad humana en la ciudad justa; urgencia que, según Murena, es casi el único rasgo

³¹ Murena recuerda este texto de Hölderlin en uno de sus diálogos radiales con David J. Vogelmann cuyo tema era “la decadencia de nuestro tiempo”. *El secreto claro* (diálogos), Bs. As.: Sudamericana, 1978, p. 37.

³² *El pecado original de América*, 1a. ed., p. 140.

³³ “Según el *Vendanta*, nos hallamos ahora, desde hace siglos, en un período final, el Kali-Yuga, a cuyo término sobrevendrá una destrucción de este Manvantara y el comienzo de otro. América, que el período anterior al Kali-Yuga había sido habitada positiva, religiosamente, fue descubierta en forma ‘oficial’ durante la edad sombría del Kali-Yuga para pasar a desempeñar el papel negativo de ocaso que comienza con las religiones y se extiende luego a todo”. (“México, la sociología y el pobre de espíritu”, en *El nombre secreto*, p. 136.)

que emancipa de la europea a una literatura frecuentemente subalterna y epigonal³⁴.

Porque el nombre de Cristo fue inútil desde el comienzo para conjurar el rostro ignoto de Dios manifestado en América, porque el futuro en bruto estuvo siempre delante de la América post-colombina, ella sería la encargada de neutralizar el futuro y pronunciar el nuevo nombre divino.

Porque la literatura americana, anonadada ante el mundo ajeno de las cosas, ha podido trascenderlo en una actitud trans-objetiva que busca tras los seres y los hechos mundanos la huella de la Fatalidad —esto es, de Dios—; porque América es la que ha sentido más vivamente la nostalgia del estado paradisiaco, es quizá la más apta para realizar ese papel de *mediación* que Murena atribuye al arte, cuya esencia es para él, la metáfora.

Porque América, la parricida, debe matar a Europa, Europa extenuada nacerá nuevamente en ella, desde ella.

La lectura de Murena renueva así profundamente el concepto de “barbarie” americana que hemos recibido de la tradición liberal. Barbarie es la violencia depredadora del conquistador y el odio de sus herederos, eternos habitantes del Campamento. Barbarie es la falta de cultura propia, disimulada justamente por lo que se ha malentendido como cultura: la erudición prestada, la información enciclopedista sobre todo lo europeo. Bárbaro es también Rosas, aunque con todo, la barbarie rosista implicaba con su feroz retorno al Origen, a la Prehistoria, una cierta positividad, porque “idealmente, por su propia esencia, la Prehistoria encierra en sí “intactas”, sin “malgastar” todas las posibilidades que existían antes de la fundación y que fueron malbaratadas por la Historia”³⁵; pero esta remisión brutal al inicio, aunque más auténtica que la vida ficticia del que no acepta la radical

³⁴ Así lo sostiene Murena en “Ser y no ser de la cultura latinoamericana”, cuando habla de la tradición literaria de América Latina (Bilbao, Rodó, Hostos, Montalvo, etc.) y señala el escaso interés de sus obras, fuera de lo histórico o lo político; pero apunta, no obstante, que “se desprende de esa mismas obras un *sentimiento* que tal vez al fin acabe por revelarse como el aporte capital de América Latina al orden de Occidente y que, de cualquier modo, resulta *profético*: trátase del más intenso y profundo anhelo de concordia entre los hombres”. (Pp. 57-58).

³⁵ “El nombre secreto” en *El nombre secreto*, p. 27.

indigencia americana no basta por sí misma para producir la verdadera fundación.

Barbarie es en fin, en el sentido mureniano, a la vez desposesión en acto que debe ser reconocida, y rica pero oculta potencialidad. Esta “barbarie” no puede oponerse ya, en la actual altura de los tiempos, a una civilización agotada, cumplida. De esta barbarie surgirá, en cualquier caso, toda civilización futura.

Hemos dado así una vuelta en círculo, consumando la *coincidentia oppositorum* que señala, en el pensamiento de Murena, el destino americano: desde un Origen que es Fin (nada y desierto) hacia un Fin que es el Origen: Apocalipsis redentor y edificación verdadera de otro mundo, del Otro Mundo; de la pérdida del Reino a su virtual restitución, de Caín a la Ciudad Justa, aunque esta sea todavía, solo esperanza.



Héctor A. Murena en uno de sus ciclos radiofónicos (circa 1950).